

HAY AUSENCIAS QUE DEJAN HUELLA.
OTRAS DEJAN LUZ.

3J

9N

9 NORTE

NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD



EL DÍA DEL CAFÉ PERDIDO

UNA NOVELA SOBRE AMOR, AUSENCIA
Y LOS REGALOS QUE NO SE OLVIDAN



IVÁN CARBONERO MENDÍA



3J

EL DÍA DEL CAFÉ PERDIDO

IVAN CARBONERO MENDIA

9NORTE/PS09



COPYRIGHT

© Iván Carbonero Mendía, 2026

Primera edición: junio de 2026

ISBN: 9798170999651

Depósito Legal: LR 870-2026

Edita: PS09 S.L.

Sello editorial: 9NORTE

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito del titular de los derechos de autor y del editor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, la impresión, la distribución, el almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transformación digital, la transmisión electrónica o cualquier otra forma de explotación.

La adquisición de esta obra no implica la cesión de ninguno de los derechos de propiedad intelectual reconocidos por la legislación vigente.

El contenido de esta publicación está protegido por las leyes nacionales e internacionales de propiedad intelectual. Cualquier uso no autorizado de textos, fragmentos, ilustraciones, diseño editorial o elementos asociados a esta edición podrá dar lugar a las responsabilidades civiles y penales previstas en la normativa aplicable.

Los personajes, nombres, situaciones y acontecimientos narrados pertenecen al ámbito de la ficción literaria. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, entidades, empresas o acontecimientos concretos deberá entenderse como consecuencia del proceso creativo y de transformación propio de la narrativa.

Esta edición forma parte del catálogo editorial de 9NORTE, sello perteneciente a PS09 S.L.

Impreso en España.

*A quienes descubrieron demasiado tarde que algunas historias
nunca se rompen del todo.*

*Solo aprenden a esconderse entre silencios, ciudades,
fotografías y cafés pendientes.*

*A quienes alguna vez compartieron el camino con perros
imposibles, miradas orgullosas y abrazos que parecían durar
para siempre.*

*Y, especialmente, a quienes todavía sonríen al escuchar ciertos
nombres:
Blus, Kika y Centurión.*

*Porque el tiempo, la soledad y el silencio también sirven para
comprender que un café de 1,50 € puede terminar siendo lo
más importante de una vida.*

«Quiero hacerte un regalo...»

El regalo más grande — Tiziano Ferro y Amaia Montero



«Yo solo quiero darte un beso...»

Darte un beso — Prince Royce



«Confieso que me haces tanta falta...»

Confieso — Kany García



«¿Quién te quiere como yo?»

Quién te quiere como yo — Carlos Baute



«Un último baile...»

El último baile — Marlena

«Si vis amari, ama.»

Séneca



«Omnia vincit amor.»

Virgilio



«Hoy es siempre todavía.»

Antonio Machado



«El amor no mira con los ojos, sino con el alma.»

William Shakespeare



*«El recuerdo es el único paraíso del que no podemos
ser expulsados.»*

Jean Paul Richter



«Fuerte es el amor como la muerte.»

Cantar de los Cantares 8:6



PREFACIO

El valor de un café pendiente

Hay historias que empiezan con una gran decisión.

Un viaje.

Una ruptura.

Una llamada que cambia una vida.

Una puerta que se abre o que se cierra para siempre.

Y hay otras que empiezan con algo mucho más pequeño.

Un café.

Una silla vacía.

Una espera.

Una frase que llega tarde.

Una persona que no aparece cuando debía hacerlo.

Esta historia nace precisamente de ahí: de la distancia enorme que puede existir entre lo que una persona siente y lo que otra persona es capaz de comprender.

Porque muchas veces no perdemos a alguien por una gran traición, por una gran discusión o por un acontecimiento imposible de reparar. A veces las pérdidas más profundas nacen de pequeñas ausencias acumuladas. De gestos que no llegaron. De palabras que se quedaron dentro. De momentos que parecían insignificantes hasta que el tiempo decidió convertirlos en memoria.

Gabriel y Clara pertenecen a esa clase de historias.

A las historias que no pueden explicarse únicamente desde el amor o desde el desamor. Porque hay relaciones que no caben en una sola palabra. Son amistad, admiración, necesidad, cariño, orgullo, heridas y silencios.

Son dos personas que se encuentran en distintos momentos de sus vidas y que, sin saberlo, empiezan a construir un lenguaje propio hecho de lugares, canciones, animales, ciudades y cafés.

Porque todos tenemos lugares donde permanece una parte de nosotros.

Una calle.

Una cafetería.

Una canción.

Un olor.

Una fecha.

Espacios donde el pasado no desaparece del todo.

Esta novela habla también de la memoria. De esa extraña capacidad humana para guardar detalles que parecían inútiles y olvidar otros que creíamos fundamentales. Recordamos una frase pronunciada veinte años atrás, pero olvidamos una conversación de ayer. Conservamos una fotografía borrosa, pero perdemos cientos de días completos.

Quizá porque la memoria no funciona como un archivo ordenado.

Funciona como un corazón.

Guarda aquello que tuvo significado.

“3J” no es únicamente una fecha. Es un símbolo. Es el nombre de un instante que parecía pequeño y terminó convirtiéndose en una frontera entre lo que pudo ser y lo que finalmente fue.

Un día cualquiera puede cambiarlo todo.



INTRODUCCIÓN

Las historias que permanecen

Vivimos rodeados de historias.

Las vemos pasar todos los días sin detenernos demasiado en ellas. Personas que cruzan una calle, que esperan un autobús, que toman un café solas, que miran un teléfono esperando un mensaje que quizá nunca llegará.

Cada persona lleva dentro una novela que nadie conoce.

Una vida llena de decisiones tomadas, oportunidades perdidas, conversaciones pendientes y nombres que todavía provocan una reacción cuando aparecen inesperadamente.

Esta novela nace de una pregunta sencilla:

¿Qué ocurre cuando dos personas importantes para la vida del otro no consiguen encontrarse en el momento adecuado?

No siempre basta con querer.

No siempre basta con intentarlo.

No siempre basta con estar dispuesto.

La vida también está hecha de tiempos equivocados, de circunstancias, de miedos y de formas distintas de entender aquello que sentimos.

Gabriel es alguien que cree profundamente en los detalles. En crear momentos. En convertir lo cotidiano en algo especial. En demostrar que una persona importa.

Pero incluso quienes saben construir recuerdos pueden equivocarse.

A veces dedicamos tanto esfuerzo a preparar grandes gestos que no vemos el pequeño gesto que alguien necesitaba realmente.

Clara, por su parte, es una mujer acostumbrada a sostenerse sola. Una persona con carácter, con fuerza y con una forma muy particular de enfrentarse al mundo. Alguien que no pide fácilmente ayuda porque ha aprendido durante años a no necesitarla.

Entre ambos existe una historia construida durante décadas.

Una historia donde una ciudad se convierte en escenario, donde los bares guardan conversaciones, donde los animales son parte de una familia y donde los nombres propios terminan siendo capítulos completos.

Valdería no es solamente un lugar.

Es una memoria compartida.

Sus calles contienen encuentros, discusiones, celebraciones y silencios. Sus cafeterías son espacios donde se toman decisiones importantes mientras aparentemente solo se está tomando un café.

Porque los lugares también recuerdan.

Este libro no pretende juzgar a sus personajes.

No busca establecer quién tuvo razón.

Las historias humanas rara vez funcionan así.

Busca entender.

Entender por qué alguien espera.

Por qué alguien llega tarde.

Por qué alguien insiste.

Por qué alguien se protege.

Y, sobre todo, por qué algunos vínculos continúan existiendo incluso cuando parece que todo ha terminado.

Porque quizá algunas historias no desaparecen.

Simplemente esperan.

Como un café que alguien dejó preparado demasiado tiempo.



PRÓLOGO

El café

El 3 de junio de 2025, Clara Valcárcel Montero tomó café sola.

Aquello, dicho así, parecía insignificante.

Una mujer.

Una taza.

Una mañana cualquiera.

Una fecha más en un calendario lleno de fechas.

Pero algunas ausencias tienen la capacidad de cambiar el significado de las cosas pequeñas.

Valdería despertaba como despertaban todas las ciudades que no saben que están siendo testigo de una historia importante.

Los autobuses llegaban tarde.

Los comercios levantaban persianas.

Los camareros limpiaban terrazas.

Los vecinos caminaban deprisa pensando en sus propios problemas.

Nadie miraba aquella mañana como una mañana distinta.

Excepto Clara.

Porque Clara había reservado una silla.

No físicamente.

No había puesto un cartel.

No había dejado un bolso.

No había pedido que nadie la guardara.

Pero dentro de ella había una silla esperando.

El Zaguán conservaba la misma luz cálida de siempre. Las lámparas antiguas, la madera oscura, las fotografías de una ciudad que parecía haber sido más tranquila en otro tiempo.

Era uno de esos lugares donde las conversaciones importantes podían suceder sin necesidad de levantar la voz.

Clara eligió una mesa junto a la ventana.

Pidió café con leche.

El camarero dejó la taza delante de ella con la naturalidad de quien no sabía que estaba participando en un recuerdo futuro.

—¿Tosta también?

Clara miró durante un segundo la silla vacía.

—Hoy no.

El camarero no preguntó.

Hay lugares donde las personas aprenden a respetar los silencios.

Clara movió la cucharilla.

Después la colocó hacia un lado.

Gabriel siempre hacía eso.

Un gesto absurdo.

Una costumbre mínima.

Una de esas cosas que nadie considera importante hasta que deja de ocurrir.

El problema nunca había sido el café.

Nunca fue el precio.

Nunca fue la taza.

Era todo lo que representaba.

Era saber que alguien había pensado en ella antes de que ella tuviera que pedirlo.

Era saber que alguien había entendido una necesidad sin que tuviera que explicarla.

Era sentirse elegida.

Gabriel Armentia Salazar había dedicado años a crear momentos imposibles.

Había encontrado regalos.

Había preparado sorpresas.

Había convertido días normales en recuerdos.

Pero aquella mañana no hacía falta nada extraordinario.

No hacía falta una campaña.

No hacía falta una escena perfecta.

No hacía falta sorprender a nadie.
Solo hacía falta aparecer.
Y no apareció.
Clara terminó el café.
Miró el teléfono.
Esperó unos segundos más de los necesarios.
Después guardó sus cosas.
Un café de un euro cincuenta.
Eso fue todo.
Eso fue nada.
Eso fue una frontera.
Porque algunas historias no terminan con una puerta
cerrándose.
Terminan con una silla que permanece vacía demasiado
tiempo.
Y aquel día, sin que nadie más lo supiera todavía, Valdería
perdió un café.



NOTA DEL AUTOR

Una historia de ficción nacida de la memoria

Esta novela es una obra de ficción.

Aunque algunos elementos puedan estar inspirados en experiencias, emociones, recuerdos, lugares, conversaciones o situaciones reconocibles, la historia, sus personajes y su desarrollo narrativo pertenecen al ámbito de la creación literaria.

Gabriel Armentia Salazar y Clara Valcárcel Montero no representan un retrato documental de personas concretas. Son personajes contruidos para esta novela, con sus propias decisiones, contradicciones, virtudes y defectos.

Del mismo modo, los nombres, escenarios, empresas, asociaciones, acontecimientos y circunstancias han sido transformados, recreados o modificados con libertad narrativa para servir a la historia.

La literatura no pretende reproducir la realidad como una fotografía.

Pretende interpretarla.

A veces una emoción real necesita una situación inventada para poder ser contada. A veces una experiencia personal se transforma en otra historia cuando pasa por la imaginación del autor. A veces un recuerdo deja de pertenecer únicamente a quien lo vivió y comienza a formar parte de quienes lo leen.

“3J – El día del café perdido” habla de la memoria, de las ausencias, de las expectativas y de la forma en que las personas intentamos conservar aquello que fue importante.

No pretende señalar culpables ni establecer versiones definitivas.

No busca juzgar.

Busca comprender.

Porque las relaciones humanas rara vez tienen una única verdad. Cada persona recuerda desde su propia herida, desde sus propios deseos y desde aquello que necesitaba encontrar en el otro.

Esta novela nace de una pregunta sencilla:

¿Qué ocurre cuando alguien comprende demasiado tarde la importancia de un momento que para otra persona era esencial?

Quizá todos tenemos un café pendiente.

Un lugar al que volver.

Una conversación que no tuvimos.

Una persona a la que todavía imaginamos entrando por una puerta.

Esta historia pertenece a la ficción.

Pero las emociones que la atraviesan pertenecen a todos aquellos que alguna vez esperaron algo que no llegó.



PREAMBULO

Antes de que llegue el café

Todas las historias tienen un momento en el que todavía no saben que están empezando.

Un instante en el que los protagonistas caminan por la misma ciudad, respiran el mismo aire, pasan por las mismas calles y, sin embargo, todavía no se han encontrado de la manera en que el destino terminará exigiéndoles.

Antes del café estuvo todo lo demás.

Los años en los que Gabriel y Clara eran solamente dos nombres dentro de una ciudad demasiado pequeña para permanecer completamente separados.

Los lugares donde coincidieron sin detenerse.

Las conversaciones que no tuvieron.

Las miradas que no entendieron.

Las oportunidades que pasaron cerca sin llegar a tocarles.

Porque algunas historias no nacen cuando dos personas se conocen.

Nacen mucho antes.

Nacen en la acumulación invisible de pequeños momentos que, vistos desde el futuro, parecen piezas de un mismo dibujo.

Un coche antiguo.

Un bar de madrugada.

Un paseo junto a un lago.

Una reunión de comerciantes.

Una llamada inesperada.

Un desayuno rápido.

Una canción escuchada en un momento concreto.

La vida está llena de esas pequeñas señales que solo adquieren significado cuando ya forman parte del pasado.

Gabriel siempre ha creído que las personas pueden salvarse mediante los detalles.

Un regalo pensado.

Una sorpresa preparada.

Una puerta abierta cuando parecía cerrada.

Tiene la capacidad de transformar lo cotidiano en algo extraordinario.

Pero también existe un peligro en vivir demasiado pendiente de construir momentos perfectos: olvidar que, a veces, las personas no necesitan una gran escena.

Necesitan presencia.

Clara ha aprendido a defenderse de otra manera.

Su fuerza nace de no esperar demasiado. De resolver. De avanzar. De sostener aquello que quiere aunque a veces tenga que hacerlo sola.

Es una mujer acostumbrada a decidir, a proteger, a cuidar y a no mostrar fácilmente sus heridas.

Entre ambos existe una tensión permanente entre dos formas diferentes de querer.

Una persona que demuestra haciendo.

Otra que necesita sentirse comprendida.

Y en medio de ambas aparece una ciudad.

Valdería.

Una ciudad inventada, pero construida con la memoria de todas aquellas ciudades donde las personas se conocen demasiado, donde los rumores viajan más rápido que las noticias y donde un camarero puede recordar durante años quién se sentaba en una mesa concreta.

Porque los lugares también forman parte de las relaciones.

Hay bares donde una persona vuelve porque allí fue feliz.

Hay calles que duelen porque alguien caminó por ellas.

Hay canciones que dejan de ser canciones para convertirse en recuerdos.

Y hay cafés que dejan de ser cafés.

Esta novela comienza mucho antes del 3 de junio de 2025.

Comienza cuando todavía nadie sabe que una silla vacía puede pesar tanto.

Comienza cuando todavía todo parece posible.

Cuando todavía Gabriel y Clara no saben que algunas historias no terminan porque desaparezca el cariño.

Terminan porque dos personas llegan a lugares diferentes dentro de la misma historia.

ÍNDICE

Página del título	3
Derechos de autor	4
Dedicatoria	7
Canciones para recordar	11
Citas para recordar	13
Prefacio	15
Introducción	17
Prólogo	19
Nota del autor	23
Preámbulo	25
PARTE 1 — ANTES DEL INCENDIO	33
CAPÍTULO 1 — El Opel Kadett	35
CAPÍTULO 2 — El Parque de Valdelago	39
CAPÍTULO 3 — El Paréntesis	45
CAPÍTULO 4 — Gabriel Armentia Salazar	49
PARTE 2 — VALDERÍA NO OLVIDA	53
CAPÍTULO 5 — La ciudad de las esquinas	55
CAPÍTULO 6 — Clara Valcárcel Montero	59
CAPÍTULO 7 — Antes de los besos	63
CAPÍTULO 8 — El Zaguán	67
CAPÍTULO 9 — Elena Ugarte en Lantavia	71
CAPÍTULO 10 — La entrevista	75
CAPÍTULO 11 — Natalia Ordóñez	81
CAPÍTULO 12 — La Agencia de los Días Señalados	85
CAPÍTULO 13 — El ramo sin tarjeta	89
CAPÍTULO 14 — El fax	93
CAPÍTULO 15 — El solitario	97
CAPÍTULO 16 — El reloj del aeropuerto	101
CAPÍTULO 17 — Lua, Lagun, Iru y Perla	105
CAPÍTULO 18 — Blus	109
CAPÍTULO 19 — El día de la Comunidad	113
CAPÍTULO 20 — La cuadratura del círculo	129

ÍNDICE

CAPÍTULO 21 — La mujer que brilló	135
CAPÍTULO 22 — La última persona	139
CAPÍTULO 23 — La noche sin dormir	143
CAPÍTULO 24 — Centurión	147
CAPÍTULO 25 — La vida que parecía una tregua	155
CAPÍTULO 26 — La canción y la puerta	159
CAPÍTULO 27 — Kika	163
CAPÍTULO 28 — El malo y el salvador	167
CAPÍTULO 29 — La relación operativa	171
CAPÍTULO 30 — Una caja dentro de otra caja	175
CAPÍTULO 31 — La campaña invisible	179
CAPÍTULO 32 — La calle que siempre volvía	183
CAPÍTULO 33 — El expediente	187
CAPÍTULO 34 — La canina	191
CAPÍTULO 35 — El padre	195
<i>PARTE 3 — EL INCENDIO DE 2025</i>	<i>199</i>
CAPÍTULO 36 — Los regalos que no se cobran	201
CAPÍTULO 37 — Enero todavía parecía enero	205
CAPÍTULO 38 — San Valentín en dos escaparates	209
CAPÍTULO 39 — El encargo de las nueve	213
CAPÍTULO 40 — Donde está Clara	217
CAPÍTULO 41 — Seis perros	221
CAPÍTULO 42 — La avería	225
CAPÍTULO 43 — Las luces de Navidad	229
CAPÍTULO 44 — El teléfono de Bruno	233
CAPÍTULO 45 — La palabra sola	235
CAPÍTULO 46 — Antes del incendio	237
CAPÍTULO 47 — El nombre de Valeria	239
CAPÍTULO 48 — El favor pendiente	243
CAPÍTULO 49 — Bruno Ledesma	247
CAPÍTULO 50 — Valdería con Laura	251
CAPÍTULO 51 — La ciudad que Gabriel regalaba	255
CAPÍTULO 52 — El mismo mimo	261
CAPÍTULO 53 — El 3J	265
CAPÍTULO 54 — El dieciséis de junio	273

ÍNDICE

CAPÍTULO 55 — La llamada de dos horas	279
CAPÍTULO 56 — Dos mujeres al teléfono	283
CAPÍTULO 57 — El cumpleaños de Gabriel	287
CAPÍTULO 58 — Hay otras urgencias	291
CAPÍTULO 59 — Que dejes de hablarme de ella	295
CAPÍTULO 60 — Bloqueado	299
CAPÍTULO 61 — UMI	303
CAPÍTULO 62 — La vuelta	307
CAPÍTULO 63 — Nochebuena	311
CAPÍTULO 64 — El silencio total	315
<i>PARTE 4 — LA CAMPAÑA DEL CAFÉ PERDIDO</i>	<i>321</i>
CAPÍTULO 65 — Nevada	323
CAPÍTULO 66 — El hombre que fabricaba escenas	327
CAPÍTULO 67 — Gerberas naranjas	331
CAPÍTULO 68 — El preestreno	333
CAPÍTULO 69 — El videobook	337
CAPÍTULO 70 — Para quienes nunca dejaron de acompañarte	339
CAPÍTULO 71 — El padre	343
CAPÍTULO 72 — Un café	345
CAPÍTULO 73 — La hora pendiente	347
Claves de lectura	355
Epílogo	359
Postfacio	363
Agradecimientos	365
Sobre el autor	369
Libros de este autor	371
Referencias culturales, citas y obras en dominio público	376
Fin	381



PARTE I

ANTES DEL INCENDIO



CAPÍTULO 1

El Opel Kadett

Década de 1990

Antes de que Clara Valcárcel Montero se llamara Clara para Gabriel, antes de que existieran Maison Canis, las franquicias, los perros de exposición, las gerberas naranjas, los hoteles imposibles, los mensajes largos y el café perdido, hubo un coche.

Un Opel Kadett negro.

Negro de verdad, no el color impreciso con que la memoria lava algunos coches antiguos. Negro con ese brillo de los vehículos que en los noventa parecían tener más carácter del que la ficha técnica podía explicar; negro como una pequeña declaración de juventud, gasolina y prisa.

Gabriel Armentia Salazar tendría que haber empezado la historia por otro sitio. Por Valdería Viva, por las reuniones de comercio, por la entrevista de radio, por aquel beso junto al coche en el que Clara dijo «joder, joder, joder» como si acabara de comprobar que una puerta cerrada seguía abierta. Pero las historias verdaderas rara vez empiezan donde uno cree.

La suya empezó mucho antes.

En los recreos. En las salidas del instituto.

En los bordillos llenos de chavales con carpetas, mochilas mal cerradas, bocadillos envueltos en papel de aluminio y esa

seguridad absurda de quien todavía no sabe que la vida va a terminar pidiendo cuentas.

El instituto tenía muros de ladrillo rojizo, ventanas metálicas y un patio donde el viento encontraba siempre un papel que arrastrar. A la salida, las motos de poca cilindrada se mezclaban con coches de padres impacientes y con los primeros vehículos que alguno de los alumnos mayores conducía como si acabara de conquistar la independencia. Gabriel llevaba vaqueros descoloridos, una cazadora azul marino y una carpeta llena de hojas dobladas. Óscar se había puesto colonia en el baño antes de que sonara el timbre y llevaba media hora preguntando la hora sin mirar su propio reloj.

—No va a venir —dijo Gabriel, solo para molestarlo.

—Sí va a venir.

—Entonces deja de mirar la verja.

Óscar iba a contestar cuando el Kadett dobló la esquina. La música se escuchó antes de que el coche se detuviera. Sonia ocupaba el asiento del acompañante; Clara conducía con una mano en el volante y la otra preparada para bajar el volumen. Llevaba una sudadera gris, pendientes pequeños y una coleta alta que se movió cuando asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Vas a subir o tengo que matricularme para entrar a buscarte?

Óscar abrió la puerta trasera entre las risas de los demás.

—Este es Gabriel —dijo, señalándolo sin necesidad.

Clara lo miró apenas un segundo.

—Ya sé quién es.

Gabriel no supo si aquello era verdad. Tampoco tuvo tiempo de preguntarlo. Sonia hizo sitio, Óscar entró y Clara volvió a subir la música. Antes de arrancar, golpeó dos veces el volante siguiendo el ritmo de la canción. Fue un gesto mínimo, pero Gabriel lo recordaría: la impaciencia convertida en compás.

El Kadett salió dejando un olor breve a gasolina. Gabriel siguió mirando hasta que desapareció entre dos autobuses. Después abrió la carpeta como si aún tuviera algo que revisar.

—Te ha mirado —dijo uno de los chicos.

—Ha mirado para no atropellarme.

Todos rieron. Gabriel también. A esa edad, algunas verdades solo pueden soportarse si parecen una broma.

No sabía entonces que una vida puede estar pasando por delante sin pedir permiso. No sabía que aquella chica del Kadett reaparecería años después convertida en una mujer capaz de moverle el suelo. No sabía que un día él diseñaría campañas para hacerla brillar, que le compraría perros, que llamaría a su padre, que esperaría audios, que escribiría cartas imposibles, que sufriría su silencio como se sufre una amputación.

No sabía nada.

Y quizá por eso aquella escena conserva todavía una pureza extraña.

Clara no esperaba nada de Gabriel. Gabriel no quería nada de Clara. Valdería no había empezado a colocarlos uno frente al otro.

Eran jóvenes. La vida aún no había usado sus mejores trampas.

A veces, al recordarlo, Gabriel pensaba que en aquel Opel Kadett ya estaba todo: la velocidad de Clara, su forma de llegar sin pedir permiso, la impaciencia, la energía, el deseo de moverse, de llevar a otros, de decidir cuándo se arrancaba y cuándo se cerraba la puerta.

También estaba él, mirando.

Siempre mirando un poco antes de entender.

El Kadett arrancaba. Los chavales volvían al ruido del patio. La tarde seguía.

Y Gabriel, sin saberlo, acababa de ver pasar una parte de su destino con la ventanilla bajada.



CAPÍTULO 2

El Parque de Valdelago

Los domingos por la mañana, Valdería parecía otra ciudad. No mejor. No más hermosa. Solo más lenta.

Las tiendas cerradas dejaban de competir por la atención de nadie, los bares abrían con la pereza de quien sabe que el primer café del día no necesita convencer, las familias caminaban sin prisa, los jubilados ocupaban bancos como si hubieran sido asignados por decreto y el Parque de Valdelago recogía a todos los que querían fingir durante una hora que la ciudad no tenía deudas, ni rumores, ni política, ni calles comerciales en guerra.

Valdelago era el pulmón sentimental de Valdería. Tenía un lago irregular, más bonito en la memoria que en las fotos, rodeado de caminos de tierra, álamos, zonas de sombra, patos demasiado acostumbrados al pan y una pequeña explanada donde los niños aprendían a caerse de la bicicleta con dignidad.

Gabriel iba allí con Elena Ugarte. Entonces todavía estaba con Elena. Todavía podía decir «mi novia» sin sentir que la palabra se le quedaba antigua en la boca. Caminaban los domingos por Valdelago como caminan las parejas que ya han hablado de casarse, aunque una parte de ellas todavía no haya aceptado todo lo que esa promesa implica.

Elena era docente, inteligente, tranquila de una manera que a veces parecía distancia.

Gabriel la quería, o había aprendido a quererla dentro de la vida que habían construido. Pero algo en él ya empezaba a moverse con incomodidad, como una silla mal colocada.

Aquellos paseos tenían rutina. Café antes o después. Una vuelta al lago. Comentarios sobre conocidos. Silencios que todavía no eran graves.

Y, muchas mañanas, Clara. A lomos de un caballo.

Gabriel la veía aparecer por uno de los caminos laterales, erguida, con el cuerpo acompasado al paso del animal, el pelo recogido de cualquier manera y esa expresión de concentración que no era dureza, pero se le parecía.

Clara adoraba aquel caballo. Lo quería con una pasión limpia, casi feroz, de esas que no necesitan explicación porque pertenecen a una etapa de la vida donde amar a un animal todavía no tiene la carga de las pérdidas futuras.

—Mira, ahí va Clara —decía Gabriel alguna vez.

Elena miraba apenas.

—¿La conoces?

—De hace años. Venía con una amiga a buscar a Óscar al instituto.

—Ah.

Nada más.

Elena no preguntaba demasiado. Quizá porque no le interesaba. Quizá porque confiaba. Quizá porque una parte de ella ya sabía que hay nombres que no conviene alimentar.

Clara pasaba a caballo, levantaba una mano si los veía, saludaba con un gesto rápido.

—¡Gabriel!

—¡Clara!

Y seguía.

Una de aquellas mañanas quedó en la memoria de Gabriel con una nitidez injusta.

No era la más importante. No había besos, ni promesas, ni una frase que pudiera subrayarse después como prueba de nada. Pero algunas escenas se quedan no por lo que ocurre en ellas, sino por lo que todavía no ha ocurrido.

El puesto de castañas de la entrada acababa de abrir y el humo dulce cruzaba el paseo cada vez que cambiaba el viento. Elena

llevaba un abrigo camel, bufanda verde y botas planas manchadas de tierra. Gabriel se había puesto un jersey oscuro bajo la chaqueta y caminaba con las manos a la espalda, adaptando el paso al de ella. Habían desayunado en un local próximo al parque y aún conservaban en la ropa el olor del café y de la mantequilla caliente.

—Tu madre ha vuelto a preguntarme por la boda —dijo Elena.

Gabriel vio cómo un pato se lanzaba al agua antes de responder.

—Mi madre pregunta por todo.

—No le he preguntado por qué pregunta. Te lo estoy diciendo.

Elena hablaba sin levantar la voz. Ese tono era más difícil de combatir que una discusión. Gabriel buscó una contestación útil, pero en ese momento oyó cascos sobre la tierra húmeda. No necesitó girarse para saber quién venía.

Clara apareció entre los álamos con pantalones de montar, botas altas y una chaqueta acolchada. Llevaba las mejillas encendidas por el frío. El caballo sacudió la cabeza al acercarse a la orilla y ella acortó las riendas con un gesto seguro.

—Buenos días, pareja —saludó.

La palabra pareja quedó un instante en el aire.

—Buenos días —respondió Elena.

Gabriel señaló el sendero embarrado.

—Como sigas por ahí, hoy acabas nadando.

—Preocúpate de no caerte tú andando.

Clara sonrió, tocó el cuello del caballo y siguió adelante. Elena la observó hasta que se alejó.

—Tiene carácter.

—Siempre lo ha tenido.

—Eso parece.

Reanudaron la marcha. Gabriel se obligó a mirar al frente. Durante unos metros, el sonido de los cascos continuó acompañándolos desde el otro lado de los árboles.

Elena caminaba a su lado con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Hacía frío de domingo, de ese que no parece grave hasta que una nube tapa el sol. El lago tenía una película de luz gris y los patos se acercaban a la orilla esperando pan, convencidos de que todos los humanos llevaban algo para ellos.

—Te has quedado callado —dijo Elena.

Gabriel tardó un segundo en contestar.

—No. Estoy mirando.

—Eso haces siempre.

Lo dijo sin reproche. O con un reproche tan antiguo que ya ni siquiera necesitaba fuerza.

Gabriel sonrió y siguió andando.

Entonces apareció Clara por el camino lateral, a caballo, con una chaqueta oscura y el pelo recogido de cualquier manera. No iba elegante en el sentido convencional. No hacía falta. Clara tenía esa clase de presencia que convertía incluso una ropa práctica en declaración de carácter. Llevaba el cuerpo erguido, las manos firmes, los ojos atentos al camino y una seguridad física que a Gabriel le pareció, durante un instante, una forma de libertad.

El caballo avanzaba al paso. Clara no tenía prisa. Eso también era raro en ella.

—Ahí está otra vez —dijo Elena.

Gabriel giró la cabeza demasiado rápido.

—¿Quién?

Elena lo miró de lado.

—Gabriel.

Solo dijo su nombre. A veces no hace falta más.

Clara los vio y levantó una mano.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —respondió Gabriel.

Elena también saludó, más baja, más educada.

Clara pasó cerca. El caballo dejó sobre la tierra húmeda un sonido lento, hueco, casi ceremonial. Durante unos segundos estuvieron en el mismo punto del camino: Elena y Gabriel a pie, Clara elevada sobre aquel animal que parecía obedecerla y desafiarla a la vez, el lago detrás, el domingo detenido.

—Qué frío hace —dijo Clara.

—Eso te pasa por venir a lucirte —contestó Gabriel.

Ella lo miró con una sonrisa rápida.

—Yo no me luzco. Yo entreno.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Nada. Que hay gente que entrena y gente que aprovecha para que todo el parque la mire.

Clara soltó una carcajada breve, luminosa, sin protección. Años después Gabriel la recordaría mejor que muchas conversaciones serias.

—Tú siempre igual —dijo ella.

—Todavía no sabes cuánto.

La frase salió como una broma. Nadie la recogió. Nadie podía saber entonces que dentro llevaba una profecía.

Clara siguió su camino. Gabriel la vio alejarse. No demasiado. Lo justo. Elena también lo vio.

—Te cae bien —dijo.

—¿Clara?

—No. El caballo.

Gabriel se rió.

—Sí. Me cae bien.

—Ella también.

La frase quedó entre ellos con una suavidad peligrosa. Gabriel pudo negarlo. Hacer una broma. Cambiar de tema. Lo hizo todo a la vez.

—Es de hace muchos años. La conozco de vista, de salir, de amigos comunes.

—Ya.

La misma palabra. Otro significado.

Siguieron caminando.

Gabriel no volvió a mirar hacia atrás, pero supo exactamente en qué momento Clara desapareció tras la curva de los álamos. Hay miradas que uno no hace con los ojos.

Aquella tarde comieron en casa de los padres de Elena. Se habló de trabajo, de una boda cercana, de una prima embarazada, de reformas, de dinero, de una hipoteca. Gabriel contestó cuando correspondía. Sonrió. Hizo comentarios. Pareció estar.

Pero por alguna razón absurda, al volver a Valdería, cuando pasaron cerca de Valdelago, pensó en Clara sobre el caballo.

No pensó en deseo. No todavía.

Pensó en movimiento.

En alguien que avanzaba sin pedir permiso al camino.

Y quizá eso fue lo primero que Clara representó para él: no una mujer, sino una dirección distinta.

Mucho después, cuando todo estuviera contaminado por cartas, perros, hospitales, reproches y cafés perdidos, Gabriel

volvería a esa mañana con una nostalgia casi limpia.

Porque allí no había culpa.

No había deudas. No había regalos. No había promesas.

Solo una mujer joven a caballo, un hombre que aún no sabía mirar sin guardar, y un lago fingiendo que la vida podía permanecer quieta un domingo entero.



CAPÍTULO 3

El Paréntesis

En los años noventa, el casco antiguo de Valdería era un animal nocturno.

De día parecía piedra, comercio, persianas, iglesias, turistas despistados y vecinos cargando bolsas. De noche respiraba de otra manera. Las calles estrechas devolvían música, humo, risas, vasos de plástico, chaquetas de cuero, grupos que se deshacían y se recomponían en cada esquina, portales convertidos en refugio y bares con nombres que solo tenían sentido a partir de la una de la mañana.

Uno de ellos era El Paréntesis. Clara trabajaba allí de camarera.

A Gabriel le parecía un nombre perfecto para un bar de copas: un lugar entre dos partes de la vida, un espacio donde nadie era exactamente quien decía ser durante el día. En El Paréntesis se entraba para suspender algo. La rutina, la familia, los estudios, el trabajo, la pareja, la prudencia.

Gabriel salía entonces con Elena Ugarte. Clara estaba con Darío, hijo de un empresario fuerte de Valdería, de esos apellidos que no necesitaban presentación porque la ciudad ya los pronunciaba con tono de reverencia o resentimiento, según quién hablara.

Los fines de semana, Gabriel y Elena pasaban por las calles del casco antiguo. Difícil era la noche en que no veían a Clara detrás